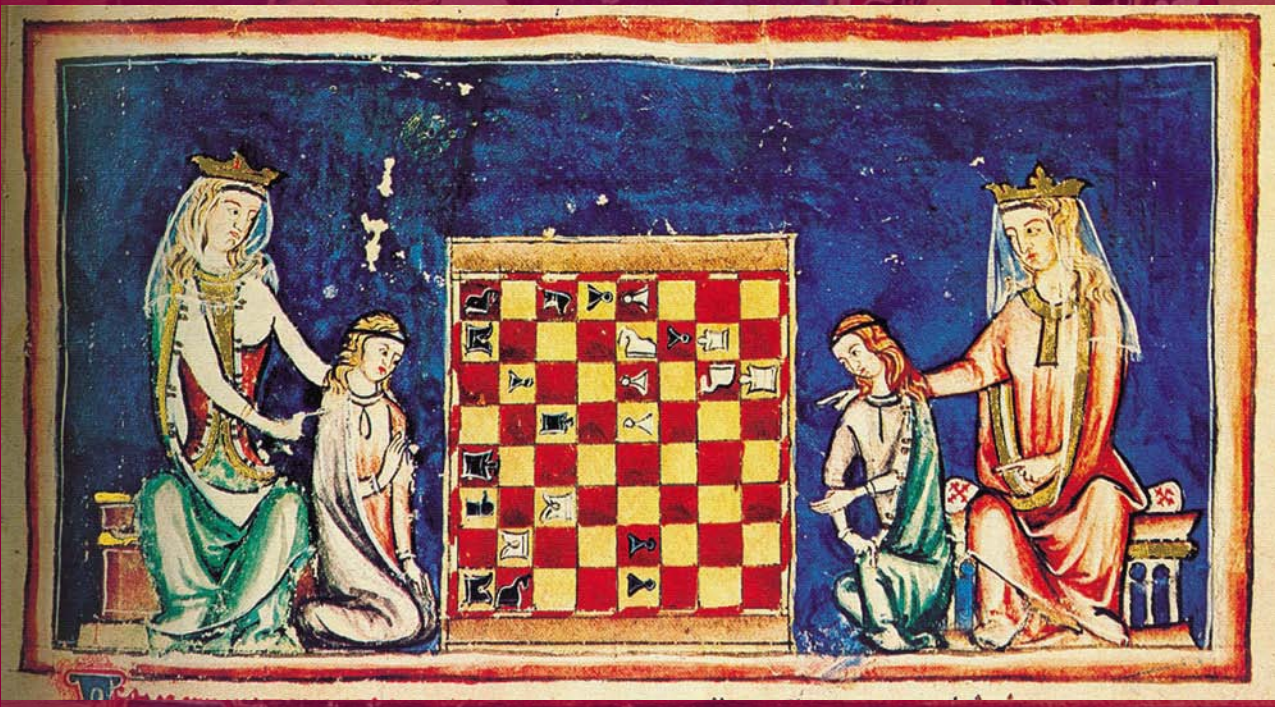


LAS MUJERES EN LA EDAD MEDIA

M^a Isabel del Val Valdivieso - Juan Francisco Jiménez Alcázar (Coords.)



Monografías de la Sociedad
Española de Estudios Medievales

3

M^a Isabel del Val Valdivieso
Juan Francisco Jiménez Alcázar
(Coords.)

LAS MUJERES EN LA EDAD MEDIA

MURCIA-LORCA

2013



Sociedad
Española de
Estudios
Medievales



Título: *Las mujeres en la Edad Media*
Monografías de la Sociedad Española de Estudios Medievales, 3

Coordinadores:

M^a Isabel del Val Valdivieso
Juan Francisco Jiménez Alcázar

Comité organizador:

M^a Antonia Carmona Ruiz, M^a Concepción Quintanilla Raso y Cristina Segura Graño

Comité Científico:

Salvador Claramunt Rodríguez; Carlos de Ayala Martínez; Flocel Sabaté Curull; María Asenjo González; Carlos Barquero Goñi; José Vicente Cabezuelo Pliego; M^a Antonia Carmona Ruiz; José Antonio Fernández Flórez; Etelvina Fernández González; Francisco García Fitz; Manuel González Jiménez; Juan Francisco Jiménez Alcázar; Fernando López Alsina; M^a Concepción Quintanilla Raso; Nicasio Salvador Miguel; M^a Isabel del Val Valdivieso.

Los estudios que componen esta monografía han sido evaluados y seleccionados por expertos externos a través del sistema de pares ciegos.

© De los textos: los autores

© De la edición: Sociedad Española de Estudios Medievales y Editum.

ISBN: 978-84-941363-5-1

Depósito Legal: MU 1184-2013

Fotocomposición e impresión: Compobell.

ÍNDICE

Prólogo

M ^a Isabel del Val Valdivieso y Juan Francisco Jiménez Alcázar	11
---	----

1. EL MARCO GENERAL

El signo de la libertad femenina hace historia de las mujeres

M ^a Milagros Rivera Garretas.....	17
--	----

Las mujeres medievales. Perspectivas historiográficas

Cristina Segura Grañó	33
-----------------------------	----

2. ENTRE LA FAMILIA Y LA COMUNIDAD

Femmes et justice en Aragon a la fin du Moyen Âge (XV^e-XVI^e siècle). Des résistances féminines à l'ordre matrimonial

Martine Charageat	57
-------------------------	----

El ajuar doméstico y personal de las mujeres en la sociedad urbana andaluza del siglo XV

Ricardo Córdoba de la Llave	77
-----------------------------------	----

Familia, mujeres y repoblación en el Reino de Granada

M ^a Teresa López Beltrán.....	115
--	-----

Conflictos por dotes y arras en la Castilla bajomedieval

Roberto J. González Zalacain.....	145
-----------------------------------	-----

La mujer a través de los testamentos valencianos

Dolores Guillot Aliaga	153
------------------------------	-----

3. EL TRABAJO FEMENINO

La cultura del trabajo femenino en la Murcia bajomedieval

María Martínez Martínez y Ángel Luis Molina Molina	173
--	-----

Las mujeres y los trabajos relacionados con la muerte en la Baja Edad Media
Ana del Campo Gutiérrez..... 203

Participación de las mujeres en la economía urbana del País Vasco durante la Baja Edad Media
Janire Castrillo Casado 213

Las mujeres trabajadoras en las industrias de Valencia a finales del siglo XIV e inicios del XV
Iván Martínez Araque 223

4. EN EL MUNDO DEL PODER

O protagonismo da mulher na política da dinastia de Avis
M^a Helena da Cruz Coelho..... 243

Las mujeres de la Orden de San Juan en la Península Ibérica durante los siglos XII y XIII 259
Carlos Barquero Goñi

María de Molina, reina madre entre la Literatura y la Historia
Carmen Benítez Guerrero 267

Queenship: teoría y práctica del ejercicio del poder en la Baja Edad Media castellana
Diana Pelaz Flores 277

Doña Mencía o un matrimonio que no logró separar un reino
Paz Romero Portilla 289

5.- CREENCIAS, COSTUMBRES, CULTURAS

Mulieres religiosae, predicación femenina y expectativas y actuaciones de doña María de Castilla, reina de Aragón
M^a Carmen García Herrero 299

De beatas a monjas: procesos significados políticos de la institucionalización laical femenina en la Edad Media Tardía (Córdoba, 1464-1526)
M^a Mar Graña Cid 329

<i>Feminidad e identidad: las judeoconversas en el Aragón bajomedieval y la celebración del Shabat</i>	
Miguel Ángel Motis Dolader	347
<i>“Su belleza es su perdiçion”: mujer y sexualidad. El ejemplo de Castilla, 1200-1350</i>	
Ana Estefanía Ortega Baún	363
<i>La interpretación de la mujer en la obra de Gonzalo de Berceo</i>	
Juan Antonio Ruiz Domínguez	375
<i>La problemática de la autoría femenina en la Edad Media: una lectura política en la Castilla de la primera mitad del siglo XV</i>	
Covadonga Valdaliso Casanova	383

LAS MUJERES Y LOS TRABAJOS RELACIONADOS CON LA MUERTE EN LA BAJA EDAD MEDIA

Ana del Campo Gutiérrez

En aquellas sociedades que podemos calificar de “tradicionales”, como la medieval, las mujeres se solían encargar de cuidar a los enfermos, acompañarles durante la agonía, preparar sus cuerpos para la inhumación, dolerse por su pérdida e interceder por ellos ante Dios de diversas maneras. No es que los varones no desempeñasen dichas tareas, pero éstas eran típica o mayoritariamente femeninas. En general, las mujeres las realizaban cuando el fallecido era un familiar o alguien cercano, movidas por el cariño y el respeto que sentían hacía esa persona. Pero también hubo mujeres que decidieron cobrar por ocuparse de estas tareas relacionadas con la muerte. Algunas las desempeñaron en momentos puntuales, quizá para salir de un bache económico o para completar así los ingresos que obtenían de sus trabajos habituales. Otras, sin embargo, se dedicaron a estos quehaceres con frecuencia, regularmente, haciendo de ellos su oficio o, al menos, uno de los oficios con los que se ganaban la vida.

Este artículo propone un sucinto recorrido por las tareas de carácter funerario, poco agradables y sobre las que pesaban muchos tabúes y temores, generados en torno a la idea de que un cadáver era impuro y que contaminaba a las personas y objetos que entraban en contacto con él. Por otro lado, trataremos de analizar el

1 BINSKI, P., *Medieval Death. Ritual and Representation*, Londres, British Museum Press, 1996, p. 29. Este tipo de concepciones, en buena medida tan antiguas como el ser humano, estuvieron presentes en el judaísmo y se plasmaron en la *Torah* (por ejemplo, *Números* 19, 11-16); *cfr.* DE LEÓN AZCÁRATE, J. L., *La muerte y su imaginario en la historia de las religiones*, Bilbao, Universidad de Deusto, 2000, pp. 311-312. El occidente cristiano medieval no fue ajeno a la idea del cuerpo muerto como foco de impureza y de contaminación, capaz incluso de provocar nuevas muertes; *cfr.* ALEXANDRE-BIDON, D., “Le corps et son linceul”, en ALEXANDRE-BIDON, D. y TREFFORT, C. (dirs.), *À Réveiller les morts. La mort au quotidien dans l’Occident médiéval*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1993, p. 205; TREFFORT, C., *L’Église carolingienne et la mort. Christianisme, rites funéraires et pratiques commémoratives*, Lyon,

grado de profesionalización y especialización de las mujeres que desempeñaban estos trabajos, así como la posible competencia o concurrencia con los varones. Para ello traeremos a colación algunas noticias de este tipo relativas a diversas regiones europeas, ya publicadas, y las confrontaremos con la información que hemos obtenido a lo largo de nuestra investigación sobre la ciudad de Zaragoza, todavía en curso y realizada a partir de fuentes notariales de los siglos XIV y XV.

Comenzamos nuestro repaso por las cuidadoras de enfermos. Además de las mujeres que se ocuparon de atender las necesidades de sus parientes, encontramos a otras que, gratuitamente o no, abrieron las puertas de sus casas para acoger a personas aquejadas de algún mal sin que les uniera ningún vínculo familiar con ellas. Entre estas últimas encontramos a Sereneta de Tous, quien en 1374 recibió en su hogar barcelonés a Guillemona de Togores, una dama de la reina en la corte de la Corona de Aragón. Na Togores sufría de fiebres, falta de apetito y debilidad general y Sereneta la cuidó –según sus propias palabras– como una hija lo haría con su madre².

Unos años más tarde, concretamente en 1399, agonizó y murió en Zaragoza doña Francisca de Monpaón. Gracias a los albaranes emitidos por sus albaceas durante la ejecución testamentaria sabemos que doña Francisca acabó sus días en casa de María de Tena, una mujer con la que no le unían vínculos familiares aparentes. Los cuidados y atenciones prestados por María de Tena a la enferma abarcan todos los aspectos posibles. En primer lugar, hizo llamar a uno de los médicos más reputados de la ciudad y, una vez que éste emitió su diagnóstico, adquirió todas las medicinas necesarias y se encargó de ponerle los vendajes y ungüentos prescritos. Además, María ordenó que se compraran y cocinaran todos los alimentos que el médico había recomendado para la dieta de doña Francisca. Sin embargo, la enfermedad –probablemente, un cáncer– avanzó imparable y, llegados los postreros instantes de vida de doña Francisca, María de Tena llamó a un notario y a un sacerdote para que la moribunda pudiera dictar sus últimas voluntades y recibir los últimos sacramentos. Los mencionados albaranes desglosan pormenorizadamente el coste de cada medicina, cada alimento consumido por la enferma, de la leña empleada para calentarla, del viático, del hábito franciscano con el que se amortajó a la difunta, etc. Y en esta exhaustiva lista de gastos no aparece ninguna

Presses Universitaires de Lyon, 1996, p. 72; MARANDET, M. C., *Le souci de l’Au-delà: La pratique testamentaire dans la région toulousaine (1350-1410)*, Perpignan, Presses Universitaires de Perpignan, 1998, pp. 187-188; ALEXANDRE-BIDON, A., *La mort au Moyen Âge, XIII^e-XIV^e siècle*, París, Hachette, 1998, p. 221; HORROX, R., “Purgatory, Prayer, and Plague: 1150-1380”, en JUPP, P. C. y GITTINGS, C. (eds.), *Death in England. An Illustrated History*, Manchester, Manchester University Press, 1999, p. 94.

2 VINYOLÉS I VIDAL, T. M., “L’amor i la mort al segle XIV: Cartes de dones”, *Miscel·lània de Textos Medievals*, 1996, nº 8, pp. 119-121 y 150-156. CABRÉ, M., “‘Como una madre, como una hija’: Las mujeres y los cuidados de la salud en la Baja Edad Media”, en MORANT, I. (dir.), *Historia de las mujeres en España y América Latina. Volumen I: De la Prehistoria a la Edad Media*, Madrid, Cátedra, 2005, pp. 647-651.

partida destinada a retribuir a María de Tena por sus desvelos. Esta mujer se contentó con que le devolvieran el dinero que había gastado en el cuidado de doña Francisca sin exigir nada más³.

Las mujeres que, bien desinteresadamente o por un salario, trabajaban en hospitales medievales realizaban idénticas tareas de cuidado y acompañamiento de los enfermos, tanto durante su proceso de sanación como después, si éstos fallecían⁴. Muchos son los ejemplos que podríamos presentar de mujeres trabajando en hospitales⁵, pero sirva como muestra el Hôtel-Dieu de Lyon, en cuyos estatutos se caracterizaba a las empleadas como “mujeres”, “chicas de servicio” y “hermanas”, siendo estas últimas prostitutas que habían optado por cambiar de vida y residían entonces en este hospital. Independientemente de su categoría, todas estas mujeres se encargaban de alimentar, lavar y consolar a los enfermos y pobres que allí pernoctaban, así como de limpiar las dependencias y hacer la colada⁶. Si a la ciudad de Zaragoza nos referimos, el Hospital de Nuestra Señora de Gracia, fundado en 1425, contaba con una “enfermera”, situada bajo la autoridad del “enfermero mayor”, y varias “sirvientas”, que obedecían órdenes de la enfermera y se ocupaban principalmente de atender a las mujeres ingresadas en el centro⁷.

Pero antes de la creación de este gran complejo, existían en la capital aragonesa alrededor de una veintena de pequeños hospitales de apenas dos, tres o cuatro camas cada uno. En ocasiones las personas que atendían estas instituciones se caracterizaban por su fuerte compromiso religioso, el cual les había llevado a trabajar sirviendo a los desfavorecidos y podía impulsarles a profesar algunos votos. Este parece ser el caso de Juana Falconero, quien se definía a sí misma como

3 DEL CAMPO GUTIÉRREZ, A., “Enfermar, morir y descansar: El caso de Francisca de Monpaón en la Zaragoza de 1399”, *Turiso*, 2003-2004, nº 17, pp. 175-196.

4 CABRÉ, ““Como una madre, como una hija””, p. 644.

5 La bibliografía es muy amplia; véanse, entre otras muchas, las siguientes obras: LE BLEVEC, D., “Le rôle des femmes dans l’assistance et la charité”, *Cahiers de Fanjeaux: La femme dans la vie religieuse du Languedoc (XIII^e-XIV^e siècle)*, 1988, nº 23, pp. 171-190; ORME, N. y WEBSTER, M., *The English Hospital, 1070-1570*, New Haven, Yale University Press, 1995; SANTO TOMÁS, M. y GONZÁLEZ, R., “Les soins donnés aux malades dans la Castille du Bas Moyen Âge: L’Hôpital Royal de Burgos, prototype de l’hôpital castillan”, en DUFOUR, J. y PLATELLE, H. (dirs.), *Fondations et œuvres charitables au Moyen Âge. Actes du 121^e Congrès National des Sociétés Historiques et Scientifiques, section Histoire Médiévale et Philologie. Nice, 1996*, París, Éditions du CTHS, 1999, pp. 281-292; BRODMAN, J. W., “Religion and discipline in the hospitals of thirteenth-century France”, en BOWERS, B. S. (ed.), *The Medieval Hospital and the Medical Practice*, Aldershot, Ashgate Publishing Ltd., 2007, pp. 123-132.

6 KLAIRMONT-LINGO, A., “Las mujeres en el mercado sanitario de Lyon en el siglo XVI”, en CABRÉ, M. y ORTIZ, T. (eds.), *Sanadoras, matronas y médicas en Europa. Siglos XII-XX*, Barcelona, Icaria, 2001, p. 82.

7 MONTERDE ALBIAC, C., “Las ordinaciones del Hospital de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza establecidas por don Alfonso de Aragón, arzobispo de Zaragoza y lugarteniente general del reino”, *Aragón en la Edad Media*, 2008, nº 20, p. 518.

servienta de los pobres de Nuestro Sennyor Jhesu Christo en el spital de Santa Marta de la ciudat de Çaragoça. Entre sus tareas figuraban las de amortajar y procurar cristiana sepultura a quienes fallecieran en su hospital y, de este modo, en septiembre de 1402 la encontramos comprando lienzo para *mortallar a una muller pobre miserable llamada Maria Gonçalvez qui fino en el dito spital.* Apenas unos días más tarde volvió a hallarse en la tesitura de *mortallar dos pobres vergonzantes qui finaron en el dito spital, a ssaver yes, un hombre que se clamaba Diego e una muller que se [cla]mava dona Maria Sanchez*⁸.

Otras *mulieres religiosae* también se ocuparon de la preparación de los cadáveres, pero lo hicieron a cambio de un salario, que cobraban a los familiares o albaceas del finado. Así era como se ganaban su sustento muchas beguinas de Flandes. Más aún, las beguinas de la ciudad francesa de Douai no sólo se encargaban de lavar y amortajar el cadáver, sino que asimismo limpiaban la habitación donde había acontecido el deceso y lavaban la ropa de cama del difunto⁹.

Si a la sociedad laica nos referimos, se documentan ejemplos de mujeres dedicadas más o menos profesionalmente a preparar cadáveres, recibiendo un salario a cambio de este trabajo. De este modo, nos consta que ciertas mujeres laicas de Douai desarrollaban las mismas tareas que las beguinas de la localidad. Se ha localizado un registro de cuentas del año 1400 en el que se recoge el pago de cierto dinero a dos mujeres que lavaron el cuerpo del difunto, luego lo vistieron, lo introdujeron en el ataúd y, finalmente, limpiaron la habitación y lavaron las sábanas de la cama donde había fallecido¹⁰.

Pero lo habitual parece ser que las mujeres contratadas se limitaran a preparar el cuerpo del finado o finada, obviando cualquier tarea relacionada con la limpieza de la casa mortuoria. Sirva como ejemplo, el testamento de la londinense Alice Bumpstead, quien en 1514 dejaba dinero a las dos mujeres que se encargarían de coser y cerrar la sábana que utilizaría como mortaja¹¹. No obstante, si bien aquí sólo se menciona el amortajamiento, era frecuente que las mujeres contratadas para preparar al difunto también se ocuparan del lavado y acicalado del cadáver. Tal es lo que sucedió a la muerte de un importante ciudadano inglés en 1578, cuando se pagó a cuatro mujeres para que vistieran, afeitasen y arreglasen el

8 GARCÍA HERRERO, M. C. y DEL CAMPO GUTIÉRREZ, A., “Indicios y certezas: *Mulieres religiosae* en Zaragoza (siglos XIII-XVI)”, *Acta Historica et Archaeologica Mediaevalia*, 2005, nº 26, pp. 352-353.

9 DERÉGNAUCOURT, J. P., *Autour de la mort à Douai: Attitudes, pratiques et croyances, 1250-1500*, Tesis doctoral inédita, Université Charles de Gaulle-Lille III, 1993, p. 152. ALEXANDRE-BIDON, *La mort au Moyen Âge*, pp. 221-222.

10 DERÉGNAUCOURT, *Autour de la mort à Douai*, p. 152. DERÉGNAUCOURT, J. P., *La mort au Moyen Âge: Les hommes et la mort à la fin du Moyen Âge*, Luçon, Éditions Jean-Paul Gisserot, 2007, p. 36.

11 DANIELL, C., *Death and Burial in Medieval England, 1066-1550*, Londres, Routledge, 1997, p. 43.

pelo, la barba y las uñas del difunto¹². También era posible que las mujeres participasen en el proceso de embalsamamiento, bien fuera como meras ayudantes de los cirujanos al mando¹³, bien fuera realizándolo ellas mismas gracias a sus conocimientos médicos y anatómicos. Sin movernos de Inglaterra, tenemos constancia de que cierta mujer evisceró (*evisceravit*) al monarca Eduardo II en 1327¹⁴.

Las fuentes iconográficas de las que disponemos no hacen sino confirmar la participación directa de las mujeres en la preparación del cadáver que ya atestiguaban las fuentes escritas. Un buen número de miniaturas nos las muestran trabajando provistas de una esponja, una palangana, toallas y una sábana, así como aguja e hilo para coserla¹⁵. Más aún, existen algunas ilustraciones en las que se observa a una de estas mujeres cosiendo una mortaja mientras junto a ella descansan algunos cuerpos que esperan su turno para ser preparados. Las mencionadas escenas dan la sensación de que estas mujeres, verdaderas profesionales, pudieran contar con una tienda o un obrador propio en el que desarrollarían su labor, de manera que en lugar de desplazarse ellas hasta donde estuviera el cadáver, éste les era traído hasta su lugar de trabajo¹⁶.

Por otro lado, hemos de apuntar que las representaciones iconográficas reflejan también la participación activa de los varones en el aseo y acicalamiento de los cadáveres¹⁷. Bien es cierto que el número de representaciones en las que aparecen hombres realizando estas tareas es menor que en el que encontramos mujeres, lo cual coincide con las conclusiones a las que han llegado la mayoría de los historiadores tras analizar documentos de últimas voluntades. Según estos autores, serían las mujeres quienes por regla general se encargarían de preparar a los difuntos en la Edad Media¹⁸. Apoyan estas afirmaciones en datos como los

12 GITTINGS, C., *Death, Burial, and the Individual in Early Modern England*, Londres, Routledge, 1984, pp. 166-167.

13 *Ibidem*, p. 167.

14 GIVEN-WILSON, C., "The Exequies of Edward III and the Royal Funeral Ceremony in Late Medieval England", *English Historical Review*, 2009, vol. CXXIV, nº 507, p. 264. Acerca de las técnicas de embalsamamiento practicadas en la Edad Media, pueden verse –entre otras– las siguientes obras: GAUDE-FERRAGU, M., *D'or et de cendres. La mort et les funérailles des princes dans le royaume de France au bas Moyen Âge*, Villeneuve d'Ascq, Presses Universitaires du Septentrion, 2005, pp. 117-121; WESTERHOF, D., *Death and the Noble Body in Medieval England*, Woodbridge, The Boydell Press, 2008, pp. 78-82.

15 WIECK, R. S., "The Death Desired: Books of Hours and the Medieval Funeral", en DuBRUCK, E. E. y GUSICK, B. J. (eds.), *Death and Dying in the Middle Ages*, Nueva York, Peter Lang, 1999, pp. 436-437, 454, 457 y 474-475.

16 ALEXANDRE-BIDON, *La mort au Moyen Âge*, p. 221.

17 WIECK, "The Death Desired", pp. 455-456.

18 Véanse, entre otros, los siguientes trabajos: DANIELL, C., *Death and Burial*, p. 43; ALEXANDRE-BIDON, *La mort au Moyen Âge*, pp. 110 y 220; MARANDET, *Le souci de l'Au-delà*, p. 188; GARCÍA HERRERO, M. C. y FALCÓN PÉREZ, M. I., "En torno a la muerte a fines de la Edad Media aragonesa", *En la España Medieval*, 2006, nº 29, p. 169. No obstante, otros historiadores e historiadoras no se muestran tan convenci-

observados en Francia, donde se aprecia que en los testamentos en los que se hace referencia a las personas –casi siempre anónimas– que trabajaban en estos menesteres es más frecuente que se las denomine *ensevelisseuses*, es decir, “amortajadoras”, que *ensevelisseurs* (“amortajadores”)¹⁹.

Sin embargo, en la documentación proveniente de la ciudad de Zaragoza que hemos tenido ocasión de consultar no hemos hallado todavía un testimonio claro que muestre a mujeres lavando y amortajando difuntos. Lo más que hemos encontrado hasta la fecha son alusiones genéricas, formuladas en neutro universal y que, por tanto, pudieran incluir a personas de ambos sexos. Si ir más lejos, en su testamento de 1397 el zaragozano Lorenzo Sánchez de Albir disponía una comida a modo de gratificación *ad aquellos que me parellaran*²⁰.

Más detallados que los documentos de últimas voluntades se han mostrado algunos albaranes emitidos por los albaceas en el transcurso de la ejecución testamentaria. Se da la circunstancia que en estos documentos sólo hemos localizado por el momento a hombres ocupándose del cadáver de sus congéneres varones. Podemos citar a Antón del Puerto, quien en 1361 cobró cierto dinero por realizar estas tareas (*bannyar al dito don Domingo de Bierche –el difunto– e por fazerle dos fuessas*)²¹. Comprobamos aquí como, además de preparar cadáveres, Antón del Puerto era también un enterrador. De hecho, la tónica en Zaragoza parece consistir en que los profesionales de este tipo de servicios funerarios se encargasen tanto de asear al difunto como de cavar su fosa. Otro ejemplo nos lo proporciona Antón de Val, quien en 1400 recibió seis sueldos jaqueses de los albaceas de Nicolás don Lázaro por *vannyar e limpiar del dito defunto e pora fer la fuessa pora enterrarlo*²². Aunque en estos documentos nada se diga acerca del amortaja-

dos de la preeminencia femenina en estos trabajos; *cfr.* TREFFORT, *L'Église carolingienne*, pp. 66-67; ROYER DE CARDINAL, S., *Morir en España (Castilla Baja Edad Media)*, Buenos Aires, Universidad Católica Argentina, s.d., p. 150.

19 CHIFFOLEAU, J., *La comptabilité de l'Au-delà. Les hommes, la mort et la religion dans la région d'Avignon à la fin du Moyen Âge (vers 1320 – vers 1480)*, Roma, École Française de Rome, 1980, p. 121. Nótese que, a pesar de la traducción ofrecida en nuestro texto, en la Edad Media el verbo francés *ensevelir* significaba tanto “enterrar” como “envolver en un sudario”, aunque hoy en día se ha perdido esta última acepción (*cfr.* la recopilación de diccionarios etimológicos franceses *L'atelier historique de la Langue Française*, edición en CD-Rom, París, Redon, 1998).

20 Archivo Histórico de Protocolos Notariales de Zaragoza [en adelante, AHPNZ], *Juan Doto*, protocolo de 1397, ff. 23r-26r (Zaragoza, 12 de mayo de 1397). Este tipo de alusiones genéricas, en las que no se especifica ni el nombre, ni el sexo, ni el número de las personas que se ocuparán de preparar el cadáver del difunto, son relativamente comunes en todo el territorio europeo; *cfr.* MARANDET, *Le souci de l'Au-delà*, p. 189.

21 AHPNZ, *Pedro López de Ansó*, protocolo de 1361, f. 51 rv (Zaragoza, 14 de marzo de 1361).

22 DEL CAMPO GUTIÉRREZ, A., “Los espacios de la muerte en la ciudad bajomedieval”, en ARIZAGA BOLUMBURU, B. y SOLÓRZANO TELECHEA, J. A. (eds.), *La convivencia en las ciudades medievales. Nájera, Encuentros Internacionales del Medievo 2007*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2008, pp. 451-452.

miento, hemos de pensar que también lo realizaban los sepultureros. Al menos, esto es lo que se deduce de otra de las actuaciones de Antón de Val, en la que cobró cierto dinero de los ejecutores testamentarios de Juan de Losada *por razon del [sic] mortalla, camissa e todo el pertreyt pora enterrarlo, por limpiarlo e por el facerle la fuessa por enterrarlo*²³. Parece que habría comprado la mortaja y que luego se habría encargado de ponérsela al difunto.

Una vez que el cadáver había sido convenientemente lavado y vestido, comenzaba el velatorio y, después, el funeral y el entierro, más luego las misas de la novena y el cabo de año. Estas ceremonias conllevaban una gran cantidad de gestiones, pues eran muchos los productos y materiales que se necesitaban y también eran numerosas las instituciones o asociaciones con las que había que contactar. Por ello, los familiares del finado o sus albaceas podían optar por contratar a alguien que les liberara de tan engorrosa tarea. El trabajo de las personas dedicadas a organizar exequias consistía en actuar como intermediarias entre los deudos del fallecido y quienes vendían o suministraban un producto o servicio necesario para las honras fúnebres. Dicho de otro modo, los y –sobre todo– las organizadoras de funerales adquirían la mortaja, el ataúd, las velas para el velatorio y las eucaristías posteriores, el pan y el vino para las ofrendas y todo cuanto fuera necesario para el buen desarrollo de las exequias. También contactaban con cuantos clérigos, conventos o cofradías se deseaba que participaran en las ceremonias. Al final de todas sus gestiones, los albaceas les reembolsaban el dinero gastado en la compra de estos productos y en contratar los servicios de religiosos y cofrades, pero añadiendo a la suma final el salario que les correspondía por sus gestiones.

Como acabamos de avanzar, quienes organizaban funerales solían ser mujeres. De hecho, las ordenanzas de la ciudad de Bilbao de fines de la Edad Media se refieren a estas personas como *defunteras*²⁴, es decir, aquellas que se ocupan de los difuntos y de todo lo relativo a ellos. El hecho de que este texto municipal se refiera a estas profesionales directamente en femenino, sin incluir en ningún momento su equivalente en masculino, da idea de la fortísima predominancia de las mujeres en el oficio.

En la capital aragonesa apreciamos una situación similar, aunque también se ha podido documentar la existencia de *defunteros* u organizadores de funerales varones. Es el caso del joven Martín de Épila, estudiante en el Estudio General

23 DEL CAMPO GUTIÉRREZ, A., *Rituales y creencias en torno a la muerte en Zaragoza durante la segunda mitad del siglo XIV*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Zaragoza, 2010, pp. 201-202.

24 ENRÍQUEZ FERNÁNDEZ, J., HIDALGO DE CISNEROS AMESTOY, C., LORENTE RUIGÓMEZ, A. y MARTÍNEZ LAHIDALGA, A. (eds.), *Fuentes documentales medievales del País Vasco: Ordenanzas municipales de Bilbao (1477-1520)*, San Sebastián, Sociedad de Estudios Vascos, 1995, pp. 121-122 y 143.

de Zaragoza. El 1399 Martín se hizo cargo de las exequias de Juana Latorre y se ocupó de comprar la mortaja y el ataúd, de contratar a un sepulturero y de pagar a los clérigos que celebraron la misa funeral y el entierro²⁵. Nótese, no obstante, que la dedicación de Martín de Épila a este oficio parece ser sólo temporal, como si hubiera ejercido de organizador de exequias únicamente durante el período de sus estudios y utilizara el dinero ganado para sufragar su educación.

Así, mientras Marín de Épila fue un *defuntero* ocasional, para otras personas este trabajo constituía su principal medio de subsistencia y lo ejercieron durante buena parte de sus vidas. Y se da la circunstancia de que quienes se dedicaron a este oficio de una manera más constante y profesional eran mujeres.

En lo que a Zaragoza respecta, la organizadora de funerales más importante y reputada fue sin duda Catalina Beltrán de Izana. Poco sabemos de sus circunstancias personales y familiares, aunque hemos podido seguir las líneas generales de su trayectoria profesional durante la última década del siglo XIV y la primera del siglo XV²⁶. Catalina era una *defuntera* al uso, pero además ejercía de plañidera en las exequias que organizaba, es decir, participaba activamente en el cortejo fúnebre y en otras ceremonias doliéndose ostensiblemente por la muerte. De hecho, es probable que Catalina Beltrán de Izana comenzara su carrera como simple plañidera y que poco a poco, al ampliar la nómina de servicios que prestaba, se convirtiera en *defuntera*.

Habida cuenta de las múltiples tareas que debía desarrollar, Catalina formó una cuadrilla de personas que trabajaban para ella. La cuadrilla comprendía tanto a hombres como a mujeres, siendo una de sus tareas más habituales la de transportar las ofrendas hasta la iglesia. Así, por ejemplo, en 1401 encontramos a Catalina firmando un albarán en el que declaraba haber comprado incienso y haber pagado su correspondiente salario a *los hombres e mulleres qui levaron los brandones e las oblaciones en los dias de la defunción, novena e cabo de novena* del difunto Guillén Cartera. En otro albarán especifica que ella misma compró el pan presentado como ofrenda²⁷ y, gracias a documentos similares, sabemos que a veces la propia Catalina participaba en la comitiva de oferentes²⁸.

Tal fue la fama que alcanzó Catalina Beltrán de Izana que, cuando falleció el monarca Juan I en 1396, el Concejo de Zaragoza la eligió a ella para participar en funeral que se ofició por el rey. De este modo, esta plañidera y *defuntera* fue la

25 AHPNZ, *Juan Blasco de Azuara*, protocolo de 1399, ff. 335v-336r (Zaragoza, 28 de mayo de 1399).

26 GARCÍA HERRERO, M. C., *Las mujeres en Zaragoza en el siglo XIV*, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 1990, vol. II, pp. 47-48.

27 AHPNZ, *Juan Blasco de Azuara*, protocolo de 1401, f. 358v (Zaragoza, 29 de junio de 1401).

28 AHPNZ, *Juan Blasco de Azuara*, protocolo de 1402, f. 22v (Zaragoza, 8 de enero de 1402).

encargada de recorrer la ciudad junto a otras tres mujeres de su cuadrilla comunicando la triste noticia y convocando a toda la ciudad a participar en las ceremonias. Llegado el momento, Catalina y sus mujeres ocuparon un lugar destacado en la comitiva fúnebre e hicieron duelo mientras se trasportaban hasta la catedral las andas vacías que representaban el cuerpo del soberano²⁹.

Catalina Beltrán de Izana y el resto de organizadoras de funerales eran profesionales bien consideradas en la sociedad medieval. Por más que los trabajos relacionados con la muerte tuvieran que soportar ciertos estigmas, no es menos cierto que la labor de estas mujeres resultaba muy útil para sus convecinos. Gracias a ellas los familiares y amigos del finado podían despreocuparse de todo lo relacionado con las exequias y concentrarse en hallar consuelo por la pérdida sufrida y en tratar de interceder por el fallecido con sus oraciones. Por otro lado, las *defunteras*, con su conocimiento del protocolo que correspondía seguir en cada caso, contribuían a que cada individuo contase con el funeral y el entierro que le convenía según su condición social.

29 DEL CAMPO, A., “El ritmo del duelo: La organización del funeral del rey de Aragón en Zaragoza a fines del siglo XIV”, *Pecia. Ressources en médiévistique*, en prensa.